



## Y TÚ, ¿HACIA DÓNDE MIRAS?



Hermanos de  
las Escuelas  
Cristianas

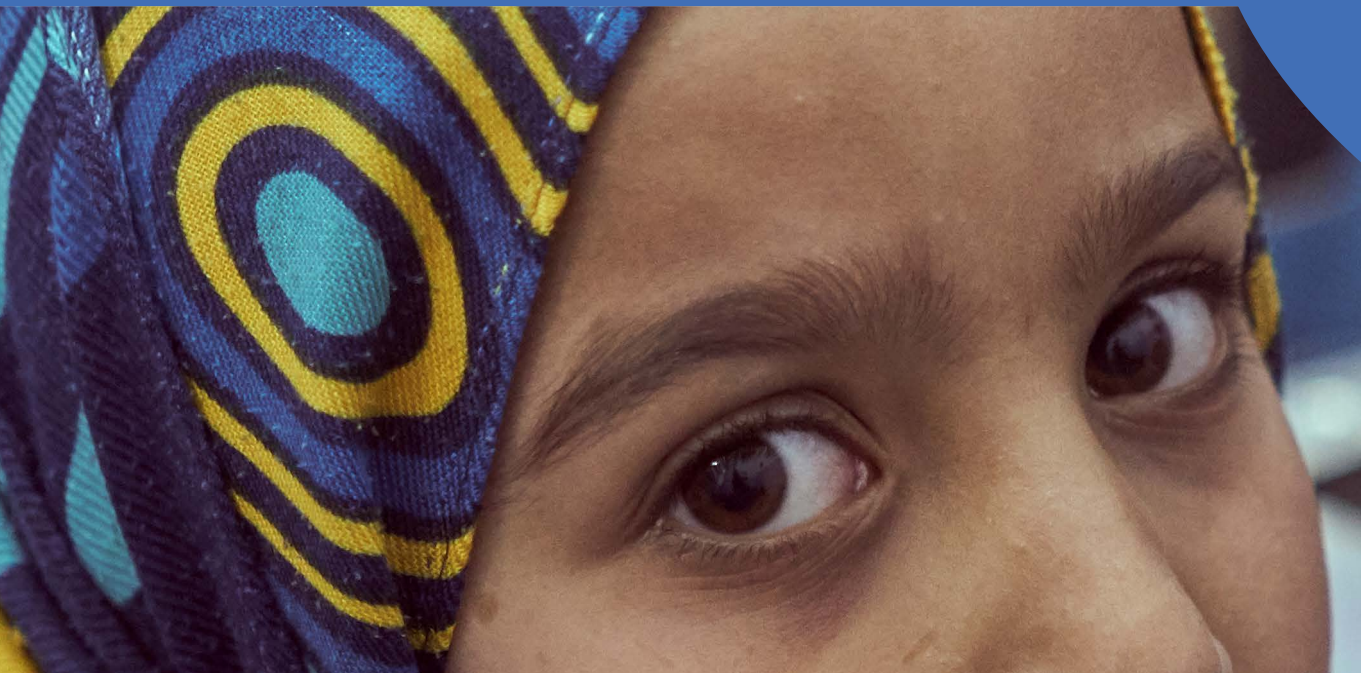
La  Salle



**Hermanos de  
las Escuelas  
Cristianas**

**La★Salle**

© Ph Marco Amato



**Reflexión Lasallista N.º 9  
Y tú, ¿hacia dónde miras?**

Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas  
Casa Generalicia, Roma, Italia

**Autor**

Hno. Daniel Niño FSC

**Editor**

Hno. Alexander González FSC

**Coordinación editorial**  
Ilaria Iadaluca

**Diagramación y diseño**  
Giulia Giannarini

**Producción editorial**  
Oficina de Información y Comunicación  
Casa Generalicia, Roma, Italia  
Ilaria Iadaluca, Giulia Giannarini,  
Fabio Parente, Óscar Elizalde



**ADN  
LASALLISTA**

Y TÚ, ¿HACIA  
DÓNDE MIRAS?

The logo for ADN LASALLISTA is located in the bottom right corner. It features a stylized DNA double helix in blue and yellow, with a yellow star at the base. To the right of the helix, the text "ADN" is written in large, bold, blue capital letters, and "LASALLISTA" is written below it in smaller, bold, blue capital letters. Below the logo, a dark blue rounded rectangle contains the text "Y TÚ, ¿HACIA DÓNDE MIRAS?" in white, uppercase letters.

# 1. (RE)ENCONTRAR AL HERMANO



# “¿DÓNDE ESTÁ TU HERMANO?”

es la interpelación con la que el Consejo General ha querido inquietar y reavivar el compromiso de todos los lasallistas a través del *Proyecto Levadura*. Esta pregunta quiere incomodar, mover, ayudar a discernir nuestro lugar en los diferentes ámbitos donde nos movemos y actuamos (PL 7). Pero preguntarnos “¿dónde están nuestros hermanos y nuestras hermanas?” supone que están fuera de nuestra vista.

Tal vez valga preguntarnos también:

**¿hacia dónde estamos**

**mirando que ya no vemos**

**a nuestros hermanos y**

**nuestras hermanas?**

Dos elementos podrían orientar un intento de respuesta.

De un lado, a propósito de la mirada, en las Reglas Comunes de los Hermanos, de 1718, se señalaba que el espíritu de fe ha de llevar “a no mirar nada sino con los ojos de la fe” y “a no hacer nada sino con la mirada en Dios”. En este importantísimo fragmento de nuestra historia y tradición, mirar es un aspecto clave: señala un modo y un principio de acción. Sin

embargo, no hay allí mayor explicación, como suponiendo una comprensión tácita de lo que esas expresiones querrían significar.

De otro lado, en la antropología de la tradición bíblica, el cerebro no es el centro pensante del ser humano, sino los ojos y el corazón. Estos dos, en conjunto, son la fuente del pensamiento emotivo. De hecho, la mirada es la entrada al pensamiento, capacita para



entender y asimilar la realidad. Por ende, ser ciego o no poder ver con claridad simbolizan la imposibilidad de pensar, así como también lo es tener un corazón duro. De este modo, se entiende la insistencia de varios textos bíblicos en señalar que, a diferencia de los ídolos y dioses de los demás pueblos, Yahvé tiene ojos y ve.

Para profundizar en estas cuestiones y descubrir en qué medida “mirar” representa un elemento fundamental para nuestra identidad, esta reflexión se propone explorar el asunto a través de algunos relatos bíblicos. Aunque son muchas miradas que aparecen en la Biblia, tres en particular podrían ayudar en este propósito, especialmente de cara a nuestras realidades contextuales y a la realidad global. En fin, esta reflexión quiere brindar elementos para leer los retos de nuestro entorno y su impacto en nuestros medios concretos

y, sobre todo, quiere ayudar a despertar nuevas respuestas que nos lleven a (re)encontrar a nuestros hermanos y hermanas.





## **2. SANSÓN: LA MIRADA CONCENTRADA EN SÍ MISMO**





Hombre fuerte, esbelto, de larga cabellera y temido por sus hazañas, el propio estereotipo de un superhéroe, Sansón es tal vez uno de los personajes más conocidos de la Biblia. Se trata del último de los protagonistas del libro de los Jueces, suscitado por Dios de en medio del pueblo para liderar a Israel y defenderlo de los filisteos. No ha de dudarse que Dios tiene la mirada fija en su pueblo, pero no como un mero espectador: a pesar de que “hicieron lo malo a los ojos de Yahvé” una y otra vez, es a través de Sansón como él actúa una vez más en favor de los israelitas. Es eso lo que quiere ser la imagen de Sansón: presencia activa de Dios en medio del pueblo.

Esta saga muestra con signos, mucho más vivos que en otros casos, cuán presente está Dios en la historia del pueblo y del mismo Sansón. Así, desde antes de su nacimiento, Dios dispone todo para que Sansón le sea consagrado a su servicio; luego, a lo largo de su vida, el Espíritu de Dios viene siempre, incondicionalmente, sobre él; finalmente, también Dios le asiste en el último esfuerzo que llevará a Sansón a la muerte.

Por medio de la fuerza proveniente de Dios, Sansón lleva a cabo proezas increíbles: caza trescientas zorras, con sus propias manos mata a un león y a treinta hombres de Ascalón, y luego a mil hombres con una quijada de asno. Su fuerza es sobrenatural, así como también lo es su capacidad destructiva.

### **Una lectura alternativa de la saga de Sansón**

Sin embargo, a decir verdad, Sansón tiene mucho de presuntuoso y arrogante y, al ver en detalle su historia, podría incluso asegurarse que pasa por narcisista. Sus grandes gestas no terminan por ser en favor del pueblo ni de Dios, sino que giran en torno a sí: ya sea que desea hacer alarde de sus dotes para exhibirse, al destrozarse al león con sus propias manos (Jue 14, 6) o al desafiar con su adivinanza (Jue 14, 12-13); o que sus acciones son un reflejo de su decepción

porque la realidad no se ajusta a sus expectativas, matando a 30 hombres para pagar su apuesta (Jue 14, 19); o que se trata de una respuesta ante la imposibilidad de cumplir sus deseos caprichosos, como cuando quema con las 300 zorras los sembrados, porque la mujer que deseaba le fue dada a otro (Jue 15, 1-5). Asimismo, en sus relaciones es cuestionable: al filo del engaño, actúa a espaldas de sus padres (Jue 14, 6. 9); terceros pagan por sus propios errores, incluyendo a su mujer y su suegro, incinerados por los filisteos en represalia por la quema de los cultivos (Jue 15, 6); su trato con las mujeres va en contra de las tradiciones de su pueblo y actúa caprichosa e inestablemente (Jue 14, 3. 7-8; 15, 1-3; 16, 1); y hasta obliga a Dios a doblegarse a sus deseos haciéndole abrir una fuente de agua para saciar su sed (Jue 15, 18-19).



A la luz de ello, se ve cómo los atributos de Sansón desembozan en actos desproporcionados para exaltar, no el nombre de Dios, sino su propio nombre y resultan también en represalias desmedidas y lamentables. En suma, lo que le ha dado Dios, lo pone al servicio de sí mismo y no de los demás. Mientras el pueblo es aquejado por los filisteos, Sansón mira hacia otro lado: está viendo hacia las mujeres (Jue 14, 1; 16, 1), centrado en su propia satisfacción, ciego ante el dolor y la destrucción que esparce a su paso. Por ello, aunque pretenda hacer parecer que el panal de miel que encuentra en los restos del león que ha destrozado (Jue 14, 8) representa que “del que come salió comida, y del fuerte salió dulzura” (Jue 14, 14), ello no es sino prueba de que ve en los despojos de la destrucción un deleite. ¡Sansón solo tiene ojos para sí mismo!

Al final, después de haberle cortado el cabello porque él

mismo dio a conocer el secreto de su fuerza, los filisteos le sacan los ojos. Se esperaría que por fin logre ver hacia dentro, pero en realidad acaba por buscar venganza de nuevo, erróneamente en nombre de Dios o de su pueblo, pues una vez más actúa en su propio favor: “Señor, Dios mío, acuérdate de mí y concédeme la fuerza por esta única vez, para que pueda vengarme de un solo golpe de los filisteos por la pérdida de mis ojos” (Jue 16, 28). Incluso cuando se los han arrancado, no cabe duda que Sansón solo tiene ojos para sí. Su final, aparentemente heroico, devela la verdad que le ha movido a lo largo de su vida: su ceguera.

### **La reafirmación colectiva del yo**

No resulta difícil ver en la saga de Sansón un correlato de nuestras sociedades. Más aún, bien podría decirse que Sansón es el modelo que ha diseminado y masificado el paradigma

posmoderno, bajo esa búsqueda de la reafirmación exacerbada y a ultranza del yo. Esta exaltación del ego, con rezagos del anticuado y nocivo heroísmo mesiánico, aún presente en muchos liderazgos, no es exclusiva de los tiempos más recientes, aunque sí lo es su proliferación a gran escala. En este sentido, estamos ante el riesgo de dejarnos absorber por tal vórtice y nos vemos desafiados a presentar el mensaje de Jesús como alternativa, mientras estamos inmersos en esta realidad.

En efecto, en contravía del evangelio, esa autorreferencialidad supone el desconocimiento de los demás y del entorno y, a partir de allí, su desprecio e irrespeto. Aunque en esta perspectiva se aglutinen varias personas en aparentes colectividades, estas son sospechosas de ser más bien una prolongación del yo (CV 140): de fondo hay un egoísmo colectivo. En un ambiente de

este tipo “no se reconoce a las demás criaturas en su propio valor, no interesa cuidar algo para los demás, no hay capacidad de ponerse límites para evitar el sufrimiento o el deterioro de lo que nos rodea” (LS 208). Todo lo ajeno al yo pierde su encanto y se desdibuja, se es ciego y hostil a lo que no sirve de reflejo positivo del yo.

### **Mercantilización de la imagen**

Junto con ello, resulta desafiante hacer frente a la sociedad de la transparencia a la que se refiere el filósofo Byung-Chul Han, donde cada uno “es su propio objeto de publicidad. Todo se mide en su valor de exposición” (Han, 2013, p. 29). Mientras su mujer y luego Dalila deben hacer tremendos esfuerzos para obtener los secretos de Sansón, hoy nos entregamos voluntariamente, exhibiéndonos, exponiéndonos a través de las redes sociales y somos así objeto

de control y vigilancia social: Estamos ante el panóptico de las omnipresentes pantallas, imaginado por George Orwell en 1984.

Exhibirse es hoy el nombre de la libertad, mostrar cada ínfimo detalle de nuestra vida nos hace transparentes. Sin embargo, mientras nuestra imagen es explotada, esa exposición permanente no hace sino abrasarnos, desgastarnos. Paradójicamente no solo el otro, sino también la autenticidad del *yo* resulta anulada: la transparencia acaba por invisibilizarnos y nuestra propia esencia desaparece.

### **Las emociones autorreferenciales**

Quien está acostumbrado a que todo sea un reflejo positivo del *yo*, cuando el entorno no se ajusta a él ni es tratado como considera que se merece, no es raro que la creciente insatisfacción y la decepción

desemboquen en arranques de ira destructiva, revanchismo y venganza (Nussbaum, 2019, p. 104) Así, el papa Francisco pone de manifiesto que “cuando las personas se vuelven autorreferenciales y se aíslan en su propia conciencia, acrecientan su voracidad” y ello “sólo podrá provocar violencia y destrucción recíproca” (LS 204) Como Sansón, devastamos nuestro entorno, a la par que se nos presenta el *metaverso* como un refugio que nos consuela y maravilla, un escenario para reconstruir nuestro ser perdido.

Finalmente, aunque bien podría decirse que Sansón no es sino la versión bíblica de Narciso, la presencia permanente de Dios en este relato hace que la dimensión religiosa juegue allí un rol fundamental. Sansón nos muestra que también Dios puede ser supeditado al *yo* omnipotente (Jue 16, 28). Aunque nuestro discurso desborde del nombre de Dios, de celebraciones religiosas y



referencias bíblicas, somos propensos (más de lo que imaginamos) a poner a Dios a nuestro servicio. En efecto, “donde hay demasiado yo, hay poco Dios” (Francisco, *Ángelus*, 23 de octubre de 2022).

### **Una mirada autotrascendente**

En definitiva, parecemos estar abocados a doblegarnos ante el peso desmedido de nuestro pomposo ego. La transparencia no solo nos abrasa con el exceso de exposición, sino que también quema nuestros ojos. Necesitamos nuevos ojos, pero también una nueva manera de mirarnos.

Juan Bautista de La Salle, para recordarnos parte de la esencia de nuestra identidad, vuelve a preguntarnos hoy, “¿qué se entiende por no mirar nada sino con los ojos de la fe?” Hemos de recurrir a sus palabras: “no considerar las criaturas sino como

Dios las conoce, y como quiere la fe que se las considere” (CT 11, 2, 4). Su respuesta puede hallar nuevas luces al revisitar la historia de Sansón.

Desde antes de nacer, Sansón estaba ya consagrado a Dios y residía en él un proyecto salvador en función de su pueblo (Jue 13, 5). Considerarnos a nosotros mismos “como Dios nos conoce y como la fe quiere que se nos considere”, exige que nos entendamos como consagrados por Dios para ser presencia suya en el plano de su proyecto salvador. Era a eso a lo que también se refería Juan Bautista de La Salle cuando llamaba a los maestros –no solo a los Hermanos–, ministros de Jesucristo: un rol todavía inusitado en el seno de nuestra iglesia y poderosísimo elemento de la impronta de nuestra identidad lasallista. De este modo, entendemos que el sentido de nuestra vida nos lleva fuera de nosotros mismos, que

estamos insertados en algo que nos excede.

En esta línea, para contrarrestar la autorreferencialidad, el papa Francisco propone la autotranscendencia. Es esta “la raíz que hace posible todo cuidado de los demás y del medio ambiente, y que hace brotar la reacción moral de considerar el impacto que provoca cada acción y cada decisión personal fuera de uno mismo” (LS 208). Todo esto solo es posible con el fortalecimiento de la interioridad, a partir de la autocrítica, la lectura y la meditación. Así podremos darnos a la contemplación, que “nos lleva al silencio, a la observación y a la capacidad para mirar con otros ojos” (D MEL, 3.3).

# 3. LA MUJER DE LOT: UNA MIRADA ATREVIDA Y DESAFIANTE





Otra mirada nos viene desde libro del Génesis y está en los ojos de una mujer, en medio de una imagen emblemática: la destrucción de Sodoma y Gomorra. Allí, la mujer de Lot mientras huye, contra toda advertencia, miró hacia atrás y quedó convertida en una columna de sal. Comprender el contexto de ese cataclismo puede iluminarnos para tener una mejor perspectiva de la deslumbrante e intrigante escena.

### **Sodoma y Gomorra vistas desde otra orilla**

En primer lugar, el relato (Gn 18-19) no ofrece mayores datos sobre las razones de la destrucción de Sodoma y Gomorra. Dios ha visitado a Abraham bajo la presencia de tres varones para anunciarle que tendrá un hijo de Sara, ya bastante mayor, quien no puede evitar reírse ante esa posibilidad. Finalizada esta escena, de manera repentina, los varones se levantan, miran hacia Sodoma y, refiriéndose al creciente

“clamor contra Sodoma y Gomorra”, manifiestan su intención de dirigirse hacia allá (Gn 18, 16-22). Sin embargo, no se especifica cuál es el clamor al que se refieren ni tampoco un expreso deseo de destruir esos poblados. Es Abraham quien interviene para mencionar insistentemente la destrucción y traba un diálogo con los hombres en torno a esa idea (Gn 18, 23-33).

Para esclarecer un poco las motivaciones de fondo, vale la pena entender a qué se refiere ese “clamor contra Sodoma y Gomorra”. Intentando descifrar este detalle enigmático, una tradición judía explica:

***“En Sodoma lanzaron esta proclama: «todo el que tienda una mano con un trozo de pan para el pobre, el forastero o el necesitado, será quemado en el fuego». Pelitit, la hija de Lot [...] vio a un miserable tirado en una calle de la ciudad, y su ánimo se llenó de compasión hacia él. [...] Cada día, cuando salía de casa a sacar agua, ponía en su cántaro toda clase de alimentos de su casa, y así iba manteniendo al pobre. Los hombres de Sodoma [...] se enteraron de la cosa y sacaron a Pelitit para quemarla. Ella gritaba: «Dios del mundo, defiende mi derecho y mi causa frente a los hombres de Sodoma». Llegó su grito hasta el Trono de la Gloria, y el Santo, bendito sea, dijo: [...] si los hombres de Sodoma han actuado como denuncia esta muchacha, pondré la ciudad patas arriba y boca abajo”***

(PRE 25,3).



De acuerdo con ello, el clamor de Pelitit, la hija de Lot, habría sido lo que motivó la intervención divina.

Más adelante, el libro del profeta Ezequiel retoma parte de esta tradición y afirma: “he aquí que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso” (Ez 16, 49). Esta explicación resulta particularmente llamativa porque supera, ya desde antiguo, la tradicional acusación que pesa sobre las “costumbres” de Sodoma y Gomorra.

### **Desafiar la violencia con la mirada**

Aun así, pareciera que el relato esconde lo que afirmara René Girard: “para poder movilizar la violencia hay que demonizar a quien se quiere convertir en víctima” (2002, p. 82.) El relato rabínico sobre Pelelit, la

hija de Lot, muestra la mirada condenatoria que se lanza sobre la misericordia, pero lo hace con el ánimo de señalar la iniquidad de Sodoma. De una u otra manera, se busca justificar la destrucción, así como el castigo a la mujer de Lot, situaciones que no dejan de resultar ambiguas. En sí, el texto oculta el rechazo hacia una cierta población, concentrada en este caso en las dos ciudades que serán arrasadas. Es la justificación de la violencia lo que tal vez esté en cuestión y lo que, en últimas, sigue siendo inexplicable.

En este sentido, es posible pensar que la mujer de Lot está desafiando con su mirada esa violencia. Igual de desafiantes son Sara con su risa y Pelilit con su decisión de ayudar al pobre en contravía del mandato de su pueblo. Aunque podría acusarse de fisgona a esa mirada de la mujer de Lot, es más bien compasiva. Convertida en estatua de sal, ella es solidaria

con nuestra época y sus ojos vueltos atrás nos indican hacia dónde mirar. En efecto, ¿por qué desviar la mirada de la violencia?

## **La mirada de Dios**

No cabe duda de que a lo largo de la historia Dios ha posado sus ojos sobre el empobrecido y el justo sufrientes y sus condiciones. Con su mirada, que lo mueve a compadecerse y a actuar en favor de su pueblo, Dios nos invita a emularlo. La actual situación de los ambientes urbanos y, sobre todo, rurales de nuestros países, así como las circunstancias políticas locales y globales hacen levantar clamores que no pueden sino hacernos volver hacia ellos la mirada, exigiéndonos actuar.

Ciertamente, en nuestras sociedades hay una preocupación por tales situaciones, pero ella no siempre está orientada a la

solución, más bien a la justificación, el ocultamiento o la negación. Los medios y las estrategias utilizadas para desviar nuestra mirada y distraernos del drama humano son múltiples. Se apela al miedo, a la despreocupación por los demás o al avivamiento de intereses egoístas.

Sin mucha dificultad podrían hallarse visos de ello en el caso de Lot y su familia, sobre quienes pesaba la advertencia de no volver la mirada atrás. Tampoco cuesta mucho encontrar indicios en buena parte de grupos de nuestras sociedades, donde la autorreferencialidad priva de una perspectiva amplia de la vida en sociedad, de sus necesidades y desafíos. En tales grupos se percibe la masificación de individuos en un egoísmo colectivo y una cierta solidaridad negativa y reaccionaria ante los ataques a un miembro o al grupo. Una vez más, esos colectivos no

son sino una extensión del yo (CV 168).

## **La solidaridad negativa de las masas**

A este propósito, Arendt señala que no es la imposición de ideas lo que aglutina y desata este tipo de grupos. Por el contrario, son “la atomización social y la individualización extremada”, sumados a un ambiente de indiferencia ante las cuestiones sociales y de pretendida neutralidad política, lo que está a la base de los movimientos de masa. Aunque son movidas por un interés común, en las masas predomina el interés individual. Así, se renuncia a una real conciencia colectiva y se abre paso a una “solidaridad negativa” que desconoce a los otros, destruyendo el tejido social y resquebrajando las relaciones interpersonales (Arendt, 1998).

La ausencia de real conciencia colectiva y de efectiva

solidaridad amenazan y atentan contra nuestra humanidad. En efecto, en semejantes ambientes de desinterés por el otro, surgen con facilidad discursos fundados en un miedo orientado a quienes vagamente se identifiquen como culpables del propio dolor. Poco a poco, van derivando también en expresiones de rechazo, odio y violencia hacia todo aquel que, pensando diferente, es percibido como una amenaza (Nussbaum, 2019). Allí, la mirada resulta vedada por la opacidad de un ego herido que, en lugar de descubrir al otro, lo inventa, dándole la forma de los propios miedos y termina por hacerlo un monstruo en función de su etnia, tono de piel, lengua, religión, lugar de origen, estatus social, costumbres, entre otros: la demonización que moviliza la violencia.

## Volverse y mirar de cerca

Aquel “acercamiento a las realidades sociales de las periferias existenciales y sociales” a que se refiere la Declaración sobre la Misión Educativa Lasallista, es el medio privilegiado para contrarrestar la atomización social, la individualización extrema, la indiferencia ante las cuestiones sociales y la neutralidad política. Es por dicha vía que podremos redescubrir la realidad y la responsabilidad social que nos atañe. De ahí que nuestras obras precisen no solo de ambientes de respeto y orden, sino de “entornos que propicien la solidaridad, y situaciones que permitan visualizar, valorar y prever el impacto y la responsabilidad social que generan las decisiones personales y colectivas.” De la mano de la identidad lasallista, hemos de ser fieles a nuestra tradición y entender que *ejercer derechos y cumplir deberes* ha de resultar

en el fortalecimiento del tejido social, la participación en procesos democráticos, el interés en la política y lo político y, muy especialmente, la adopción de una ética cívica, alejada de la perniciosa corrupción de nuestros estados (D MEL, 4.3).

Cabe aquí mencionar que, en este sentido, el brío de las mujeres envueltas en el relato bíblico en cuestión dice mucho acerca de lo determinante que resulta tomar la iniciativa, justo en la línea de la invitación del *Proyecto Levadura*.<sup>1</sup> Sara, las hijas de Lot (incluyendo a Pelelit) y también su mujer, manifiestan su inconformidad con el estado de las cosas y ejecutan acciones decisivas y desafiantes que jalonan y propician nuevos escenarios.<sup>2</sup>

.....

**1** “Queremos invitar a cada lasallista a iniciar cuanto antes el espíritu del Proyecto Levadura sin esperar a los planes comunitarios o institucionales” (PL 10)

**2** Para el caso de las hijas de Lot y de su inusual iniciativa, ver Gn 19, 30-38.



Ese rol femenino en particular no puede pasar desapercibido, antes bien, precisa reconocerlo, exaltarlo y emularlo.

En el caso puntual de la mujer de Lot, se trata de volverse y mirar de cerca, desafiar la constante e incisiva invitación a negar, justificar u ocultar la verdad de nuestras sociedades. Aun cuando socialmente resulte sospechoso, reprensible y visto con malos ojos, el evangelio nos insta a ponernos del lado de las víctimas y a renunciar a la agresión y la beligerancia. Pero, sobre todo, estamos llamados a volcar nuestra mirada no solo a los lugares y cuerpos donde acontece la violencia, sino a la violencia misma.

En esta línea, el escritor francés Edouard Louis, quien ha dedicado varios de sus escritos a este tema, afirma que para deshacer la violencia es preciso hablar de ella. Es así como es posible desenmascararla,

ponerla en cuestión y también enfrentarla y combatirla. Por paradójico que parezca, “entre más hablamos de la violencia, más deshacemos la violencia del mundo, más oportunidades tenemos de producir belleza” (Louis, 2018).

### **Una mirada desveladora y redentora**

Sin esta mirada, que se aproxima y se compadece, es imposible responder a la exhortación, aún viva y resonante, de Juan Bautista de La Salle: “reconozcan a Jesús bajo los pobres harapos de los niños que tienen que instruir; adórenlo en ellos [...]. Ese será el medio para que el divino Salvador esté a gusto entre ustedes, y mediante el cual lo encontrarán” (M 96, 3). Los niños pobres sin instrucción son los desvalidos entre los desvalidos, los despojos de una violencia estructural que no considera ni defienda a quien no tiene capacidad



de producción o adquisición, que favorece la acumulación, el beneficio y la comodidad de los pudientes, en últimas, que despoja de toda dignidad al ser humano. Estos niños, huérfanos de las guerras, náufragos en el Mediterráneo, desplazados por la violencia, indocumentados, moradores de campos de refugiados y *favelas*, son las víctimas de esa otra mirada que, según Walter Benjamin, “sólo está dispuesta a percibir los progresos del dominio sobre la naturaleza, no los retrocesos de la sociedad” (2020, p. 26).

Solo una mirada desafiante y penetrante puede descubrir en esos niños a Jesús, en tanto se niega a alimentar el miedo, ignorar y desconocer el dolor, justificar la violencia y, por el contrario, se compadece del sufrimiento, renunciando así a la falacia de una salvación intimista, alejada de la realidad de los otros. De ahí que esta mirada logra percibir “bajo los harapos de los niños pobres” no

solo a un Jesús sufriente, sino que por encima de ello actualiza también allí su resurrección, el misterio pascual. Por eso, advierte De La Salle, “ese será el medio para que el divino Salvador esté a gusto entre ustedes, y mediante el cual lo encontrarán.”

En este sentido, entre más nos atrevamos a volver y fijar nuestros ojos sobre la violencia del mundo, esa capacidad desveladora de la resurrección nos ofrecerá “más oportunidades de producir belleza”. Donde otros solo ven muerte nosotros descubrimos y abrazamos la belleza desdibujada por la violencia: una capacidad creadora para responder a los desafíos del mundo. Es por ello que además de desafiante, compasiva y despojada de temor, la nuestra ha de ser una mirada redentora, la propia de nuestra identidad lasallista, a partir de la cual estamos habilitados para reescribir la historia, con nuestras acciones, en

clave teológica: una historia redentora. De esta “presencialización” y actualización del misterio pascual dependen la revitalización de nuestra misión y nuestra tradición.





**4. EL SAMARITANO:  
UNA MIRADA DESDE  
LAS ENTRAÑAS**



Un relato más familiar para nosotros es el de aquel samaritano que auxilió a un hombre medio muerto a la vera del camino. En la escena, el moribundo es visto por un sacerdote, un levita y un samaritano (Lc 10, 31-33), pero solo este último se decide a ayudarlo. Son tres las miradas y no hay manera de distinguirlas propiamente, solo las reacciones que provocan.

Mucho se ha dicho acerca de las posibles razones de los dos primeros para no prestar su auxilio. Para algunos, es probable que su reacción esté relacionada con su labor en el templo. A juzgar por las heridas, el hombre seguramente sangraba y entrar en contacto con su sangre habría significado quedar impuro, impidiéndole al sacerdote y al levita ejercer su función en el culto.<sup>3</sup> Así se explicaría su reacción de “pasar por el lado opuesto”.

Por el contrario, el samaritano siente compasión. En realidad, el verbo griego utilizado allí (*splagchnízomai*) deriva del término vísceras o entrañas (*splágchna*) y literalmente significaría “estremecerse desde las entrañas”. Llama la atención que este verbo lo emplean los evangelistas exclusivamente para describir la reacción de Jesús ante el sufrimiento de las personas,<sup>4</sup> y solo aquí se le atribuye a alguien diferente, al samaritano.

.....

**3** La sangre, como otros fluidos corporales, impurifican a las personas y cosas que entran en contacto con ella.

**4** Mt 9, 36; 14, 14; 15, 32; 18, 27; 20, 34; Mc 1, 41; 6, 34; 8, 2; 9, 22; Lc 7, 13; 15, 20.



Esta reacción, venida desde el interior, es la que hace la diferencia. De ella derivan las acciones subsiguientes, concatenadas entre sí: se acercó para curarle las heridas, poniéndolo sobre su animal de carga lo llevó a una posada donde cuidó de él y, tras darle dinero para cubrir los gastos, pidió al hospedero que cuidara del hombre. Además, en todo momento el samaritano hace uso de sus propios elementos: lo cura con lo que tiene a la mano (vino y aceite), lo lleva en su propio animal y paga con su dinero los gastos de la posada.

Conviene, además, recordar que este relato surge de la pregunta de un maestro de la ley que, a propósito de “amar al prójimo”, desea saber “¿quién es mi prójimo?” (Lc 10, 27-29). Después de proponer ese escenario imaginado, Jesús finalmente le devuelve la pregunta al maestro de la ley: “¿cuál de los tres crees que fue el prójimo del hombre que estaba

medio muerto en el camino?”, pero no atina a responder “el samaritano”, sino “el que hizo misericordia con él” (Lc 10, 36-37). Muy seguramente le costó reconocer que ni el sacerdote ni el levita actuaron con misericordia, teniendo en cuenta, sobre todo, que samaritanos y judíos no tenían las mejores relaciones entre sí, llegando incluso a un odio enconado.

De la mano de lo anterior, habría que fijarse del giro que habilidosamente da Jesús a la situación: no se trata de “¿quién es mi prójimo?”, sino “¿de quién me hago prójimo?”. Así, Jesús descoloca la mirada, como indicando que prójimos somos todos, los unos de los otros, pero dado lo selectivo que somos en nuestros vínculos, en realidad nos alejamos mutuamente. Por lo tanto, si se trata de criterios, habría que decir que, por encima de los afectos, hemos de ser próximos de quien, estando vecino a nosotros, necesita de ayuda. Por ello, el samaritano

es el ícono de la solidaridad y la compasión, sin miramientos.

## **Piedad, conmiseración y semejanza**

No muy alejado de esta imagen, en medio del afán de la Ilustración por enfatizar la soberanía de la razón, Rousseau se atrevió a afirmar que, por encima de la razón, lo propiamente humano reside en la piedad. Entendida como “repugnancia innata de ver sufrir a su semejante”, esta virtud “precede el uso toda reflexión” (Rousseau, 1755, p. 74). Sin embargo, según él esa reacción irreflexiva en favor del sufriente se ve atenuada, e incluso eliminada, cuando es precedida precisamente por la razón. Así, en su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad de condiciones entre los hombres* Rousseau ilustra, con algunos ejemplos, cómo la conmiseración con el sufriente es más propia de quienes podrían ser tildados de faltos de razón, mientras que el

instruido tiende a replegarse y apartarse. Visto de este modo, el “sentimiento de humanidad” no se apoya propiamente en la razón, que refuerza el sentido de la individualidad, sino en la piedad o conmiseración, que mueve a auxiliar al sufriente.

No es cuestión de una dicotomía antagónica entre piedad y razón, sino de reconocer que “la razón, por sí sola, es capaz de aceptar la igualdad entre los hombres y de establecer una convivencia cívica entre ellos, pero no consigue fundar la hermandad” (CIV 19). Resulta entonces sustancial entender qué despierta la conmiseración. Si esta se presenta en términos del sufrimiento del semejante, depende pues, como en el caso del relato del samaritano, de la capacidad de reconocer en el otro a un semejante o, mejor aún, de a quiénes se reconoce como semejantes. De hecho, para Rousseau la conmiseración es más fuerte en cuanto el espectador se identifique



más íntimamente con el que sufre (Rousseau, 1755, p. 78). Por lo tanto, si el semejante es quienquiera que es como uno, reconocer al otro pasa por reconocerse a sí mismo, y esa identificación dependerá del concepto que se tiene de sí.

La cuestión es que bajo un autoconcepto saturado y acorazado en torno a criterios de etnia, tono de piel, lengua, religión, lugar de origen, estatus social, costumbres, nivel económico, entre otros, lo esencialmente humano queda desdibujado. El semejante termina siendo definido por lo que uno cree que uno es, o debería ser o, peor aún, por lo que ambiciona ser. Tales patrones no hacen sino delimitar y restringir la identificación y proximidad con los otros: a pesar de ser humanos, no todos seremos semejantes entre nosotros.

De aquí se deriva que a la semejanza le corresponde una

desemejanza, principio que lleva a desconocer al otro, lo deshumaniza al punto de demonizarlo, justificando su rechazo y menosprecio e incluso, como ya se ha dicho, aprobando la violencia en su contra. Muy probablemente hay algo de ese desconocimiento en las miradas y reflexiones del levita y del sacerdote que los hizo “pasar por el lado opuesto”, y ese mismo desconocimiento del otro es lo que satura y divide actualmente nuestras sociedades. Es por ello que la crisis que vivimos, como ya lo han señalado varios pensadores –incluyendo al papa Francisco–, es en realidad una crisis de humanidad; lejos de “traspasar todos los prejuicios, todas las barreras históricas y culturales” (FT 83), en nuestro entorno se propaga esa imposibilidad de identificarse íntimamente con el otro y reconocer en él a un semejante.

## Identificarse con el otro

De acuerdo con lo anterior, parece evidente que en ese estremecimiento interior ante el sufrimiento ajeno reside al menos un elemento esencial e ideal para afincar una sociedad humana. Con todo, aunque la actitud opuesta es la crueldad, en verdad resulta más viciosa la indiferencia. En efecto, la crueldad puede ser señalada, denunciada y juzgada, mientras que la indiferencia tiende a pasar desapercibida porque no es dañina en sí misma, no inflige daño directo. La indiferencia es perniciosa porque enajena y es acomodaticia e inactiva.

Así, esa pasividad que no se decide a actuar resueltamente en favor de la justicia (Nussbaum, 2019, p. 276) presenta la renuncia a la indiferencia como una tarea primordial. Se trata de un proceso que implica la sensibilidad ante la realidad de los demás y parte del reconocimiento

y redescubrimiento del otro. Es un genuino camino de reconversión que inicia en el interior de cada quien.

Identificarse con los demás requiere renunciar a sí mismo, deshacerse de los atavíos que han ocultado la propia identidad, dejar de lado lo que uno cree que es y anonadarse. De esto, el más patente ejemplo lo encontramos en Jesús, la *kenosis* por antonomasia: en él, Dios renuncia a su divinidad para asumir la condición humana, despojándose de sí se hizo semejante a nosotros (Flp 2, 6-7). Algo análogo se encuentra en el proceso de conversión de Juan Bautista de La Salle quien, seguramente inspirado en esta experiencia de vaciamiento, se despojó paulatinamente no solo de su patrimonio, sino también de todo aquello que le habría asegurado un futuro aparente promisorio.

Hemos de reconocer en este elemento propio de nuestra identidad cristiana y lasallista, que solo desistiendo del aferramiento a lo accesorio es posible descubrir en el otro el rostro de humanidad que nos hace semejantes. Es por ello que somos sensibles para reconocer la *presencia permanente de Dios* en los otros, especialmente “bajo los harapos de los niños pobres”; es por ello que, con razón, hacemos vida la fraternidad que nos caracteriza. En caso contrario, no seremos siquiera capaces de encontrarnos a nosotros mismos, puesto que reconocer al otro nos lleva a reconocernos a nosotros mismos.

### **Educar en la compasión desde la *samaritanidad***

Empero, educar en la conmiseración resulta una cuestión verdaderamente desafiante. Dado que es un proceso de reconversión personal, depende en sí de la propia voluntad. Educar en la interioridad es

una estrategia clave que ayuda a desmontar la autorreferencialidad, caminando hacia la autotrascendencia, en acciones concretas, pero siempre habrá que tener en cuenta que “la ética y lo ético-religioso deben ser comunicados existencialmente y hacia lo existencial” (Kierkegaard, 2017, pp. 80-81). En este sentido la relación y lo experiencial han de estar a la base al momento estimular el conocimiento de la realidad global en todas sus dimensiones, propiciar prácticas colaborativas con otros actores –y no solo entre lasallistas–, sensibilizar ante el sufrimiento y las estructuras injustas y suscitar el deseo de participar de la construcción de sociedades más justas y fraternas (Silvestrini, 2021, p. 39).

Esta perspectiva ha de continuar alimentando nuestra misión e identidad. Ciertamente, en nuestras obras no ejecutamos una mera instrucción académica, sino que propendemos

por una formación integral, partiendo del encuentro, “de un «Yo» a otro «Yo»” (Kierkegaard, 2017, p. 83). En esta línea, de cara a los crecientes focos de deshumanización de nuestras sociedades, nuestra responsabilidad es seguir orientando los procesos educativos en función de ese sentimiento de humanidad, de modo que no se ahogue ese instinto de conmiseración ante el sufrimiento ajeno. Nuestras obras habrían de asumir con mayor compromiso, fuerza y relevancia la *samaritaneidad* como apuesta social y, sobre todo, existencial, conscientes de que, como insiste el papa Francisco, “todos tenemos responsabilidad sobre el herido que es el pueblo mismo y todos los pueblos de la tierra” y hemos de cuidar “la fragilidad de cada hombre, de cada mujer, de cada niño y de cada anciano, con esa actitud solidaria y atenta, la actitud de proximidad del buen samaritano” (FT 79).

## Solidaridad colectiva y responsabilidad política

La actitud del levita y del sacerdote muestran crudamente que mirar hacia el sufrimiento no basta. Tampoco basta simplemente estremecerse desde las entrañas, sino que se requiere actuar. Como el samaritano, es preciso desplegar acciones que muden efectivamente las múltiples y diversas realidades de sufrimiento.

Así, la *samaritaneidad* se entiende también desde la solidaridad. Con todo, no puede asumirse como una tarea individual, pues acabaría por convertirse en una culpa insoportable. La solidaridad es una tarea colectiva que además debe ir acompañada de responsabilidad política (Arendt, 1990, p. 69). En efecto, el samaritano inicialmente se hace cargo del hombre malherido, pero seguramente él también tiene otras responsabilidades que no puede abandonar.

De ahí que involucre luego al encargado de la posada, encomendándole el cuidado de aquel hombre.

En consecuencia, tenemos que echar mano de nuestra “creatividad misionera” (EG 28) para fortalecer el principio de solidaridad que configura, desde los comienzos, la identidad de nuestro carisma. De un lado, es cierto que nuestra misión, entendida como una responsabilidad comunitaria, ha de movernos a involucrar cada vez más a todos los actores de nuestras obras en acciones solidarias, despertando y alentando la conmiseración ante el sufrimiento del prójimo; sin embargo, esa misma creatividad, que de cara al sufrimiento nos brinda “más oportunidades de crear belleza”, ha de llevarnos también a seguir encontrando otros caminos para la misión más allá de nuestras escuelas y universidades. Es nuestro deber evitar que lleguemos a un punto en que nuestro “saber hacer”, tras

más de 300 años de tradición, se cristalice en estructuras tan sólida y rígidamente afincadas que terminen por inmovilizarnos y hacernos “pasar por el lado opuesto” ante nuestro prójimo. Este es un acicate para recrear el servicio educativo a los más pobres en escenarios desafiantes, que nos descoloquen, con nuevas modalidades, nuevos saberes por democratizar y nuevas maneras de establecer comunidades educativas.

De otro lado, no podemos olvidar que nuestras obras conforman redes locales nacionales, regionales y una gran red global: debemos seguir dando pasos para pasar de “tener redes” a “actuar en red”. De este modo generaremos nuevas iniciativas de solidaridad a mayor escala que den cuenta no solo de nuestra corresponsabilidad mutua –de carácter más bien endógeno–, sino también de nuestro deseo de sumarnos a otros proyectos con agentes y actores externos, para compartir

nuestra experiencia y aprender de otros. Esta es una poderosa herramienta, no explotada suficientemente aún, que ampliará nuestro rango de incidencia e impacto y, sobre todo, nos revitalizará todavía más.

Tal y como el *Proyecto Levadura* nos insta a “caminar y a salir con nuestra propia vulnerabilidad, con nuestros límites, con nuestras propias fragilidades, con nuestras propias pobreza” (PL 13), hemos de multiplicar esfuerzos para ir “más allá de la escuela”, salir al encuentro de los sufrientes y entrar en contacto con ellos. Lejos de recrear sin más la escena del samaritano, aquí es cuestión de crear nosotros mismos otros relatos significativos en la vida de niños, niñas, jóvenes y sus padres, de maestros, Hermanos y Colaboradores, en fin, en la vida de todos los miembros de la Familia Lasallista. Las inmensas posibilidades que tenemos para ello encuentran su fuerza en las raíces de nuestra

identidad y confluyen en torno a propósito común, no de una humanidad sufriente, sino de una humanidad compasiva, que se remueve desde las entrañas y se atreve a actuar, consciente de una plena e íntima identificación con el otro, en quien reconocemos a nuestro prójimo y a quien sin temor alguno lo llamamos “hermano”.



# 5. CON LA MIRA PUESTA EN DIOS



A su modo, estos tres relatos nos invitan a superar la mirada ególatra que en nuestro tiempo insiste tan abierta e incisivamente en centrarse en sí mismo. Por el contrario, mirar hacia nosotros ha de llevarnos a reconocernos como presencia de Dios y parte activa en el plano de su proyecto salvador; un plano que nos excede y hace entender que estamos convocados fuera de nosotros mismos, renunciando así a la falacia de una salvación intimista.

Desde allí no podemos sino lanzar una mirada crítica a nuestro entorno y a esos ideales de progreso que, despojando de dignidad a los más desfavorecidos, pretenden ocultar los retrocesos de nuestras sociedades. Con ese espíritu, estamos llamados a desvelar en la violencia y sus víctimas, los más pobres, el misterio pascual. Una tal actualización de la certeza de Jesús vivo, resucitado y actuante, alimenta la convicción de que nuestra acción reescribe día a día una historia redentora.

Y puesto que la redención depende más de la misericordia que de un juicio, solo en la mirada compasiva podrá residir la esperanza de la (re)construcción del sentido de humanidad. Por ello, esa misma compasión nos compromete a contagiar a otros de ese “estremecimiento de las entrañas”. Desde el redescubrimiento del otro y el establecimiento de relaciones fraternas, hemos de arriesgarnos a salir al encuentro de los sufrientes y crear otros relatos significativos que den lugar a una humanidad compasiva y así seguir siendo signo de fraternidad vivida.

En fin, incrustada en nuestra identidad, como parte del ADN lasallista, hay un modo particular de ver. Tener “la mira puesta en Dios” no ha de entenderse como la contemplación de una

trascendencia fuera de este mundo, fijada en el cielo. Dios mismo, anonadándose, se hizo carne y *habita* entre nosotros, como profunda inmanencia. Por ello, esos mismos que preguntaron a los discípulos tras la ascensión “¿por qué están ahí mirando al cielo?” (Hch 1, 11), nos preguntan ahora a cada uno de nosotros:

“Y tú,  
¿hacia  
dónde  
miras?”





## Referencias bibliográficas:

- Arendt, Hannah. *Hombres en tiempos de oscuridad*, Gedisa, Barcelona, 1990.
- Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid, 1998.
- Francisco. *Ángelus*, Plaza de San Pedro, domingo 23 de octubre de 2022.
- Gerson, Sam. *The Myth of Samson: Omnipotence, Alienation and Destructive Narcissism*. *Studies in Gender and Sexuality*. 2011 (12). 89-96.
- Girard, René. *Veo a Satán caer como el relámpago*, Anagrama, Barcelona, 2002.
- Han, Byun-Chul. *La sociedad de la transparencia*, Herder, Barcelona, 2013.
- Han, Byun-Chul. *No-cosas: quiebras del mundo de hoy*, Taurus, Bogotá, 2021.
- Kierkegaard, Søren. *La dialéctica de la comunicación ética y ético-religiosa*, Barcelona, Herder, 2017.



- Louis, Edouard. « J'ai voulu écrire l'histoire de la destruction d'un corps », en *Médiapart*, (<https://www.mediapart.fr/journal/france/160518/edouard-louis-j-ai-voulu-ecrire-lhistoire-de-la-destruction-d-un-corps>), 2018.
- Nussbaum, Martha. *La monarquía del miedo: Una mirada filosófica a la crisis política actual*, Paidós, Bogotá, 2019.
- Orwell, George. *1984*, Akal, Madrid, 2022.
- Rabbi Eliezer. *Pirke de Rabbi Eliezer: The chapters of Rabbi Eliezer the Great*, Morrison & Gibb, Scotland, 1916.
- Rousseau, Jean Jaques. *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, Amsterdam, 1755.
- Silvestrini, Francys. « Búsqueda de lo trascendente », en: Herrera Contreras, Humberto Silvano; de Paula, Jorge Luiz; Chesini, Cláudia (Eds.). *Dicionário do Pacto Educativo Global*, ANEC, Curitiba, 2021.

## Siglas y abreviaturas:

**CIV:** Carta encíclica *Caritas in Veritate* del papa Benedicto XVI a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas, a todos los fieles laicos y a todos los hombres de buena voluntad, sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad.



**CT:** Colección de varios trataditos.

**CV:** Exhortación apostólica postsinodal *Christus Vivit* del papa Francisco a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios.

**D MEL:** Declaración sobre la Misión Educativa Lasallista: Desafíos, convicciones y esperanzas.

**FT:** Carta encíclica *Fratelli Tutti* del papa Francisco sobre la fraternidad y la amistad social.

**LS:** Carta Encíclica *Laudato Si'* del papa Francisco sobre el cuidado de la casa común.

**M:** Meditaciones.

**PL:** Proyecto Levadura: Creciendo juntos en el sueño lasallista.

**PRE:** Pirké de Rabbí Eliezer.







Hermanos de  
las Escuelas  
Cristianas

La  Salle



**lasalleorg**

[www.lasalle.org](http://www.lasalle.org)

## REFLEXIÓN LASALLISTA

### NÚMEROS ANTERIORES

- 2015 - 2016  
1. Una experiencia de Evangelio
- 2016 - 2017  
2. Una llamada muchas voces
- 2017 - 2018  
3. Lasallistas sin fronteras
- 2018 - 2019  
4. Nuestros corazones arden dentro de nosotros
- 2019 - 2020  
5. Grandes cosas son posibles
- 2020 - 2021  
6. Tú eres parte del milagro
- 2021 - 2022  
7. La utopía: ¡un sueño posible!
- 2022 - 2023  
8. ADN Lasallista  
lo que nos impulsa a servir



Las fotografías son de escuelas y obras lasallistas de diferentes partes del mundo y pertenecen al archivo fotográfico de La Salle Foundation, a quien expresamos nuestra gratitud.